



NOTAS SOBRE ANTE- NOR ORREGO, ENSAYISTA

Eugenio Chang-Rodríguez

Graduate Center, City University of New York.

En este breve artículo me propongo reevaluar algunos de los últimos escritos de uno de los ensayistas hispanoamericanos más ilustres del período de entreguerras, el escritor peruano Antenor Orrego (1890-1960), autor de *Pueblo-continente* (1939) y *Hacia un humanismo americano* (1966)¹, que intentan interpretar la cultura latinoamericana y la función del mestizaje.

En *Pueblo-continente*, Orrego revisa varios de sus ensayos publicados en la revista *Amauta* y otros trabajos redactados durante los años de persecución política en el Perú entre 1931 y 1937. El manuscrito lo mecanografió el desafortunado miembro del Congreso Constituyente Manuel Arévalo poco antes de ser apresado, torturado y asesinado por la policía secreta del autócrata general Óscar R. Benavides el 15 de febrero de 1937. En “Ideas preliminares” (Prólogo a la primera edición), Orrego explica cómo el libro nació en medio del fragor de la batalla, de la permanente angustia del perseguido político, y cómo ante la inminente y brusca irrupción de la “Abrigada policial”, muchas veces la frase se rompió o quedó suspen-
sa en el aire, obligándolo a rehacer capítulos enteros y “redoblar el esfuerzo de concentración para reproducir e insertar, nuevamente, en el cuerpo del texto, algunas cuartillas que quedaron presas, como único galardón para la vesania rampante de

las cuadrillas represoras” (Orrego 1957: 21). Aunque el autor atribuye las ideas principales de su obra madura a pensamientos esbozados en sus libros juveniles *Notas marginales* (1922) y *Monólogo eterno* (1929) sobre metafísica vitalista, *Pueblo-continente* se basa más en algunos de sus ensayos publicados en *Amauta* entre diciembre de 1926 y enero de 1929 (Orrego 1995: 1: 270-320), en los que las ideas bergsonianas temperadas por la función histórica de la ciencia y la revolución socio-política le ayudan a analizar la realidad latinoamericana². En el Prólogo a la segunda edición, la definitiva de su obra maestra (1957), el autor recuerda los juicios críticos de Alberto Zum Felde y Luis Monguió a la limitada difusión de la primera edición (Santiago de Chile: Ercilla, 1939) y discurre sobre las civilizaciones precolombinas, cuyos gérmenes vitales, juntos con los de Europa, han transfundido Latinoamérica. Ante esta realidad, el ensayista peruano recomienda al latinoamericano tallar, tajar y bruñir la piedra bruta heredada antes de crear una cultura humanista.

Pueblo-Continente, como sus libros juveniles, está impregnado de la influencia antipositivista de Henri Bergson (1859-1941), cuyo *elan vital*—clave, dinámica del conocimiento— conduce al progreso ilimitado de la humanidad. Recoge la intuición, la revelación, como camino del conocimiento y no el

rigor experimental comprobado y analizado por los hecho (Orrego 1922: vii).

En el ensayo el bio-metabolismo síquico del continente, nuestro ensayista sostiene que la pugna racial y cultural en Hispanoamérica engendró desde el período colonial el airado palenque ideológico y estético: la tesis indigenista y la tesis europeizante. Sobre todo, Orrego refuta a quienes preconizan el advenimiento de una América indígena y la resurrección de las culturas pasadas, imbuidos de cierto sentimiento nostálgico evasivo o escapista de la vida presente, sin darse cuenta de que cuando llegaron los conquistadores españoles el indio había llegado a un estado de decadencia y sólo vivía y se nutría, espiritualmente, de su grandeza pasada. Aunque los imperios azteca e incaico se rompieron en mil pedazos a los primeros impactos de la cultura española, ni el indio ni el europeo puros tienen porvenir en América, aunque constituyen factores complementarios de su nueva conformación física, síquica y mental de una nueva expresión del espíritu universal: “Sangre indígena,

pulmones europeos, he aquí la forma esquemática de nuestra auténtica vida síquica”.

En “Síntesis de razas y culturas”, Orrego opina que en Latinoamérica se cruzan, confluyen y conectan, los caminos de todas las razas, arrastradas por fuerzas biológicas superiores, obedeciendo a sus más profundos designios de continuidad vital, para superarse e integrarse recíprocamente. En este continente confluyen las dos grandes civilizaciones de ultramar: El Oriente aporta “el conocimiento del hombre en su totalidad subjetiva, en su yo trascendente, en su concordancia con el Cosmos... su acen-

drado sentido religioso, su comunión mística y física con la Naturaleza”. El Occidente, en cambio, lega su pensamiento analítico, anatómico y racional. En “Nacionalismo y patriotismo continentales”, Orrego observa que de París a Berlín o a Londres hay más distancia sicológica que de México a Buenos Aires, y hay más extensión histórica, política y etnológica que entre el Río Bravo y el Cabo de Hornos. Que en América Latina las fronteras fueron impuestas por

una simple convención jurídica, una mera delimitación caprichosa que no se ajusta ni a las conveniencias y necesidades políticas, ni a las realidades espirituales y económicas de los Estados: son ellas meras circunscripciones artificiales, porque las diferencias entre los pueblos latinoamericanos son tan mínimas y tenues que no logran nunca constituir individualidades separadas como en el Viejo Mundo. En América, los hombres tienen el mismo pulso y la misma acentuación vitales. Constituyen, en realidad, un solo pueblo unitario de carácter típico, específico, general y ecuménico. En el Nuevo Mundo, el nacionalismo parroquial es

ilógico, un paso regresivo ya que los latinoamericanos constituyen un verdadero pueblo-continente, cuyo nacionalismo debiera expresar un patriotismo continental.

En el ensayo “En el trance dramático” el autor explica cómo el sentido interno y profundo de la vida continental, el carácter unitario y ecuménico de su alma colectiva, la compulsión dialéctica de su estructura histórica y sus grandes intereses políticos y económicos les exigen a los latinoamericanos solidaridad, mancomunidad y unión para conformar un vasto organismo concreto y tangible, que rija, su



Antenor Orrego en la década de 1930.

política, economía, cultura y destino. Tras una serie de disquisiciones acerca del conocer, saber, cultura, civilización, mito, realidad y filosofía de la historia, Orrego concluye en la urgencia de forjar los vehículos necesarios de las intuiciones generales latinoamericanas para perfilar los lineamientos definidores del carácter y la esencia específica de su tarea por desarrollar en la historia universal. Para ello, los pueblos deben tener una tarea por delante, un mito diría su amigo José Carlos Mariátegui. En una sección de *Pueblo-continente*, escrita originalmente en 1936, Orrego discute la interrelación de los acontecimientos porque cada país vive científica, artística, económica y políticamente en función del globo entero. Tal vez por esta premisa, el pensador peruano colige la necesidad de comprender que el proceso revolucionario latinoamericano consiste en surgir del caos para forjar una modalidad política, social y económica propia, ceñida a la sistematización científica de Marx. Más adelante, sin embargo, el escritor censura a los partidos servidores de Moscú, que creen que la revolución latinoamericana debe seguir el mismo camino soviético, como una simple variación de etapa económica.

En su póstumo libro *Hacia un nuevo humanismo americano*, Orrego fundamenta la tesis de *Pueblo-continente* incursionando en la intrahistoria latinoamericana. En la nueva colección de ensayos, el autor se reafirma como opositor de la idea de resucitar el pasado precolombino, porque la Conquista impuso unidad lingüística, histórica, religiosa, y, a la postre, unidad sanguínea, “cuatro factores considerables, que unidos a la decisión e iniciativa creadora del hombre, han solido determinar y facilitar, casi siempre 'salvo raras excepciones' el forjamiento de una expresión cultural”. Este sería el mensaje recogido por la generación de la independencia hispanoamericana al enfrentarse con la realidad continental: “Tras la colisión cosmogónica de dos mundos tan diferentes, comenzó a generarse una zona de fusión y de síntesis a través del mestizaje de ambas progenies, y de otras razas que llegarían después”.

Con estilo barroco, oscuro y algo rebuscado, el autor expresa en sus ensayos agudas observaciones, en su mayoría certeras y bien fundamentadas. Influidos por el antipositivismo, escribe extensos

períodos atiborrados de términos de poca frecuencia, para reiterar su disquisición filosófica. Con frases ampulosas, sintetiza argumentos políticos conocidos acerca de la emancipación hispanoamericana. Observa que pese a la retórica de las proclamas libertarias, en realidad, la república consolidó el feudalismo despótico y oligárquico, tanto o más irritante que el régimen colonial; falsamente se proclamó la libertad, la igualdad, la fraternidad y los derechos del hombre y del ciudadano, cuando demagógicamente se mantuvo y aún se agravó en ciertos aspectos, el opresivo régimen económico, político y social de la Colonia. En las nuevas repúblicas, la oligarquía y el militarismo se afianzaron con la independencia, desencadenando torrentes de sangre, más de un siglo de turbulencia anárquica y facciosa y, de hecho, impidieron la estructuración de una democracia latinoamericana con efigie genuina y médula histórica propia, como ocurrió en Estados Unidos, que no necesitó mimetismo alguno para conformarse con vigor orgánico y ser ahora una fuerza histórica preponderante en el mundo moderno. Para deslindar el desorden contemporáneo, el ensayista peruano recurre a una observación clásica china: la buena y justa designación de las cosas es más necesaria a los pueblos que una economía ordenada y previsoras, o un buen sistema de suministros alimenticios o una espléndida red de vías de comunicación. Sin mencionar al *I ching*, fuente milenaria de esa observación, Orrego reconoce que una falsa designación de las verdaderas realidades de un país conduce fatalmente a la confusión, la duda y el desorden:

Los hombres y los pueblos que viven mintiéndose a sí mismos acaban por creer en sus propias falacias... Comenzamos mintiéndonos teóricamente y el lenguaje político de nuestras repúblicas se convirtió en un guirigay ridículo y contrahecho de embustes ideológicos... no hay peor desventura para los pueblos que las palabras no respondan a sus contenidos, es decir que no lleguen a traducir las realidades y conceptos que pretenden designar. Esta desdicha, desde el punto de vista cultural y moral, cobra, una potencia corruptora y corrosiva inaugural cuando el vocablo acaba por significar todo lo contrario de su correcta valoración semántica. Esto ha ocurrido con las palabras *justicia*, *democracia*, *gobierno*, *ley*, y con tantas otras más.

Orrego recuerda la gran verdad precisada con transparencia y hondura por Miguel de Unamuno al ocuparse de la *intrahistoria*, realidad invisible y profunda que emerge de las entrañas de un pueblo para manifestarse en los estratos soterrados de los acontecimientos externos, modelados y saturados de genuino significado humano. Esta significación, para el peruano como para el español, se traduce en el pensamiento, en el arte, en la acción de sus grandes hombres y constituye, a la postre, la verdadera y fidedigna historia porque brota de la intimidad cotidiana del hombre común.

Orrego reconoce en Bolívar al primer latinoamericano consciente de la necesidad de la unidad continental, que trató de plasmar por medio de las armas y del Congreso Anfictiónico de Panamá. Empero, sus esfuerzos fueron frustrados por las oligarquías criollas aliadas con ejércitos dirigidos por caudillos ambiciosos, preparando así el terreno para la consolidación de dictadores. Ante esta frustrante realidad histórica, el autor declama: “Aprendamos a extraer la lección que nos enseñan nuestros propios fracasos”. Para Orrego, el ejercicio de la democracia no lo enseñan los autócratas magnánimos; la democracia es una necesidad histórica de libertad: brota de la realidad orgánica intrahistórica del pueblo; no puede improvisarse. De su razonamiento interpretativo de la cultura, la historia y el destino de Latinoamérica, Orrego extrae una serie de conclusiones, entre las cuales figuran las siguientes: 1) La realidad histórica presenta a América Latina como un pueblo-continente, destinado a ser, a través de sucesivas ampliaciones y coordinaciones, un Estado-continente, unificado política, jurídica, económica, social y culturalmente; 2) La democracia en Latinoamérica debe emerger de la intrahistoria de su propia realidad muy diferente de la realidad del Viejo Mundo; 3). Cuando el fraude y la persecución contra los opositores no bastan, el presidente de un país latinoamericano, deseoso de prolongarse en el poder, apela al golpe de estado o anula el resultado de la votación, entonces deviene en “instrumento dócil y servil de un cenáculo de apetitos o, simple-

mente, del capricho cerril, personal y arbitrario del jefe del Ejecutivo... El crimen político y el régimen de torturas, que son habituales, alcanzan los caracteres de una sevicia macabra... delirante y vesánica”; y 4) Somos testigos de la eclosión de una cultura mundial, resultante de los avances científicos, técnicos y de los medios de comunicación, que ha acercado a los espacios geográficos, el tiempo histórico y la distancia psicológica y anímica de los seres humanos de los cinco continentes. Mientras el mundo celebra los funerales de la superficie y del tiempo: “Hoy sabemos... de la vida egipcia y de los comienzos de Grecia, mucho más que los griegos mismos. Nuestra mirada se ha ampliado hacia el pretérito en una perspectiva de varios milenios”.

En conclusión, en los ensayos revaluados hemos constatado el intento de Antenor Orrego de revelar la persistencia del mito en la interpretación de la cultura latinoamericana y su esfuerzo por convertirse en sepulturero de la tradición. Así como intentó re-interpretar a Spengler y corregir el elitismo de Ortega y Gasset, Orrego repensó la historia latinoamericana desde ángulos interdisciplinarios para escribir una original literatura política a veces mal interpretada por lo que sus críticos consideran su “barroquismo estilístico”³; se esforzó por aclarar los conceptos de independencia, libertad y democracia en términos más críticos y exactos para facilitar la comprensión de la existencia de un pueblo-continente latinoamericano⁴.

Antenor Orrego sintió en lo más profundo de su ser el recóndito llamado del pueblo para dedicar su vida a ayudar a la proeza de cimentar la democracia y la justicia social, además de darle a la nación peruana el profundo mensaje histórico de la libertad y la igualdad ciudadanas. La suya fue una histórica faena de coraje aguerrido e intento original de una explicación filosófica adecuada para el proceso cultural del nuevo mundo. Orrego continuó escribiendo ensayos durante su vía crucis de persecución y cárcel en las prisiones políticas (la Penitenciaría, el Real Felipe, El Sexto y el Frontón, 1932, 1934, 1935-45, 1952-56).

NOTAS

- 1 Antenor Orrego publicó tres de los libros citados en este trabajo y numerosos ensayos y artículos. Póstumamente se editaron *Estación primera* (Lima: Talleres de Obras Gráficas, 1961), *Discriminaciones* (Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal, 1965), *Hacia un humanismo americano* (Lima: J. Mejía Baca, 1966) y *Mi encuentro con César Vallejo* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1989). Casi todos sus escritos, incluso su libro inédito "Meditaciones ontológicas", se reunieron en los cinco tomos de sus *Obras completas* (Lima: Instituto de Investigaciones Cambio y Desarrollo, 1995).
- 2 Desde joven, Antenor Orrego estuvo interesado en las ideas de Henri Bergson (1859-1941), difundidas en el Perú por Pedro S. Zulen (1889-1925) y otros filósofos. Ésta es una de las razones porque el intuicionismo y las ideas neo idealistas bergsonianas destacaron en sus escritos.
- 3 Luis Alberto Sánchez, por ejemplo, lo calificó así: "Utilizó a menudo un lenguaje cerrado, no oscuro, pero sí denso, cuajado de metáforas, de hipérbatos, como buen chimú que era, y los chimús siempre fueron barrocos, o prebarrocos, según se advierte en sus parientes mayas y zapotecas; y como buen

- descendiente de españoles del siglo de oro, fue arcaizante el mismo, a fuer de moderno, como ocurre en Darío y en Vallejo, grandes manejadores de arcaísmos neologismos, de palabras raigales que nunca acaban de ser nuevas ni dejan de ser antiguas" Luis Alberto Sánchez, "El gallo vuelve a cantar tres veces", Antenor Orrego, *Obras completas*, tomo 5, p. 322.
- 4 Por su fecunda labor de escritor y promotor cultural, en 1946 Antenor Orrego fue nombrado catedrático de cultura hispanoamericana, luego se le otorgó el doctorado *honoris causa* y, a los pocos días, fue elegido Rector de la Universidad Nacional de La Libertad (1946-48). En 1947, el Dr. Vicente González de Orbegoso y Moncada, propietario de la hacienda Chuquizongo, a pedido de su pariente Víctor Raúl Haya de la Torre, cedió a la Universidad de Trujillo, un predio de 30 hectáreas de terreno, ubicado en la parte noroccidental de la ciudad de Trujillo, para que le sirviera de campus universitario. El Rector Orrego fundó tres Facultades: las de Educación, Comercio y Medicina, además del Instituto de Antropología. Entre las personalidades que colaboraron con él en su labor renovadora de ese centro de altos estudios fundado por Bolívar, destacó el científico peruano Eleazar Guzmán Barrón, profesor distinguido en la Universidad de Chicago.



Los hijos de Antenor Orrego Espinoza delante del busto de su padre en la UPAO.
Alicia Orrego Spelucín, Antenor Orrego Spelucín y Liliana Orrego Spelucín.